

Arquitectura y creación

*De los principios de la incertidumbre
a la incertidumbre de los principios*

Rogelio Salmona

El momento de la creación arquitectónica es para Rogelio Salmona, el gran arquitecto colombiano cuya obra engrandece la arquitectura latinoamericana toda, un acto de profundo conocimiento y también de continua incertidumbre. ¿Cómo si no el artista, y en este caso el arquitecto, podría caminar con paso firme por el camino de la concreción de un proyecto? Si como afirma Paul Valéry el quehacer del arquitecto está en su propio ser, Salmona ha sabido expresar en el presente texto todo lo que de poesía encierra para él la arquitectura.

Hacer arquitectura es un acto de rememoración: acto de re-crear. Continuar en el tiempo lo que otros han, a su vez, re-creado. Constituye un acto profundamente culto, pues no se re-crea lo que no se conoce.

Por el contrario, es el conocimiento el que permite la “escogencia” y la selección. Y éste es el gran momento de la creación. El momento en el cual, como sucede con la música, se empieza a componer, a transformar lo existente, a elaborar la forma, a definir la espacialidad particular de cada obra y a establecer la espiritualidad de la arquitectura.

La arquitectura es tan deudora de lo cotidiano como de lo más espiritual del arte: ayuda a resolver los pequeños problemas del hombre, pero se encarga, al mismo

tiempo, de los grandes temas de la civilización y las grandes obras de la cultura universal.

Es también la mirada que recorre con rigor y con entusiasmo las pequeñas cosas de la vida, que sublima lo cotidiano; que resuelve bien, por ejemplo, una ventana porque a través de ella entra el paisaje o que al diseñar un patio sabe que desde allí descubre el hombre las estrellas y le da un límite al infinito.

Gabriel García Márquez dijo en una entrevista que para hacer literatura se requiere mirar hacia atrás, mirar la propia literatura, estudiarla y conocerla, para saber en qué punto de la historia nos encontramos en el momento de escribir. Estoy de acuerdo, porque sucede lo mismo con la arquitectura. Conviene mirar



Torres del Parque, Rogelio Salmona, Bogotá, 1963-1971

atrás antes de dar el paso hacia delante. O ¿no sería un desperdicio desconocer las grandes obras de la arquitectura universal y una inmensa tontería, siendo un arquitecto americano, desconocer los grandes conjuntos abiertos prehispánicos, la sutileza de la arquitectura colonial, la riqueza del mestizaje, la sencillez de la arquitectura popular, las innovaciones y la causa social de la arquitectura moderna? Claro que conviene mirar hacia atrás, pero hay que saber retirar la mirada en el momento oportuno: se trata de re-crear y de transformar. No de copiar.

Retirar la mirada, pero también retenerla profundamente al caminar por las plazas centenarias, por los patios olvidados, por las galerías y los zaguanes que han visto desfilar la historia para encontrar en el silencio la propia resonancia. Retener la mirada para medir y dibujar esos lugares que nos emocionan y guardarlos en la memoria para, algún día, recordar sus medidas, sus ecos, su resonancia y componer, recargado de emoción, la obra arquitectónica, los espacios sorpresivos, los lugares de encuentro: la ciudad.

La memoria ayuda a encontrar el camino de la poesía. Ayuda a descubrir que es posible y necesario componer con el material, con la luz y la penumbra, con la humedad, con las transparencias y con los sesgos para lograr una espacialidad enriquecedora para los sentidos. La armonía, la sorpresa y el encuentro también forman parte de la arquitectura: ésta es su profunda poética.

En una carta dirigida a estudiantes, Le Corbusier dijo: “La arquitectura es más que un oficio, es un cariz

del espíritu”. Yo me atrevería a agregar que es un cariz del espíritu capaz de transformar la naturaleza y la ciudad. Pero transformación implica conocimiento, respeto, cuidado, oficio, tecnología, pero sobre todo amor. La mejor arquitectura es, a mi juicio, aquella que transforma sin modificar y que se descubre lentamente con emoción.

Nos emocionamos al recorrer lugares arquitectónicos llenos de sabiduría y de dulzura, llenos de dudas y de aciertos. Lugares donde la arquitectura es una fiesta. Así son los espacios abiertos de América Latina, plenos de silencio, levantados para enriquecernos. Son espacios que fracturan la composición buscando el acontecimiento; espacios que, anunciando el lugar, crean signos y obligan a activar los sentidos. Espacios evocadores que crean la atmósfera de cada lugar, que son un palpito.

El conocimiento de la arquitectura es el fruto de una continua búsqueda teórica; un trabajo por medio del cual se trata de capturar, sin lograrlo, el sueño del hombre por crear su lugar. Por su complejidad, no es solamente un hecho estético. La arquitectura se vive, se habita; sensaciones visibles, auditivas, olfativas y táctiles se perciben cuando nos movemos en los espacios arquitectónicos. Son “rincones”, como diría Gastón Bachelard, que conservan los recuerdos y las emociones del mundo.

Lo que he buscado, a través de diversas experiencias arquitectónicas, particularmente las prehispánicas, es acercarme al problema del límite, porque en esa arquitectura ceremonial y cósmica encuentro una vivencia



Conjunto residencial Alto de Pinos, Rogelio Salmona, Bogotá, 1975-1981



Casa de huéspedes ilustres de Colombia, Rogelio Salmona, Cartagena de Indias, 1978-1981

que me permite entender mejor los espacios arquitectónicos y su relación con el cosmos.

En los últimos proyectos que he realizado he tratado de encontrar, de forma gradual, el límite en la espacialidad. El límite que puede ser el cielo, el infinito, el horizonte, una luminosidad repentina,

un reflejo, un cambio de la atmósfera, una transparencia pero que, a partir de esa frontera o límite, aparezca o sugiera otro elemento que sigue después y así sucesivamente.

Entre arquitectura y universo el límite es virtual, pero se hace patente en el momento en que la natura-

Retirar la mirada, pero también retenerla profundamente al caminar por las plazas centenarias, por los patios olvidados, por las galerías y los zaguanes que han visto desfilan la historia para encontrar en el silencio la propia resonancia.

leza incide sobre él. Es como un espacio indecible que sólo se puede reconocer en el habitar y en el recorrido. La real posesión y apropiación del espacio permite que ese recorrido no sea simplemente acortar una distancia sino ir descubriendo elementos espaciales que se vuelven mudos a la hora de explicarlos y que sólo hablan —y hasta se vuelven profusamente elocuentes cuando habitamos esa espacialidad.

Al inicio de la creación de un proyecto siempre tengo un “principio de incertidumbre”, que inmediatamente se convierte en la “incertidumbre de un principio”. Y es que no sé si voy a lograr, a pesar de tener unas cuantas ideas que me dan seguridad, lo que estoy proponiendo; es decir, no sé si se va a consumir lo que propongo espacial y poéticamente. Pero lo dice mejor y más claramente un poema de Robert Frost:

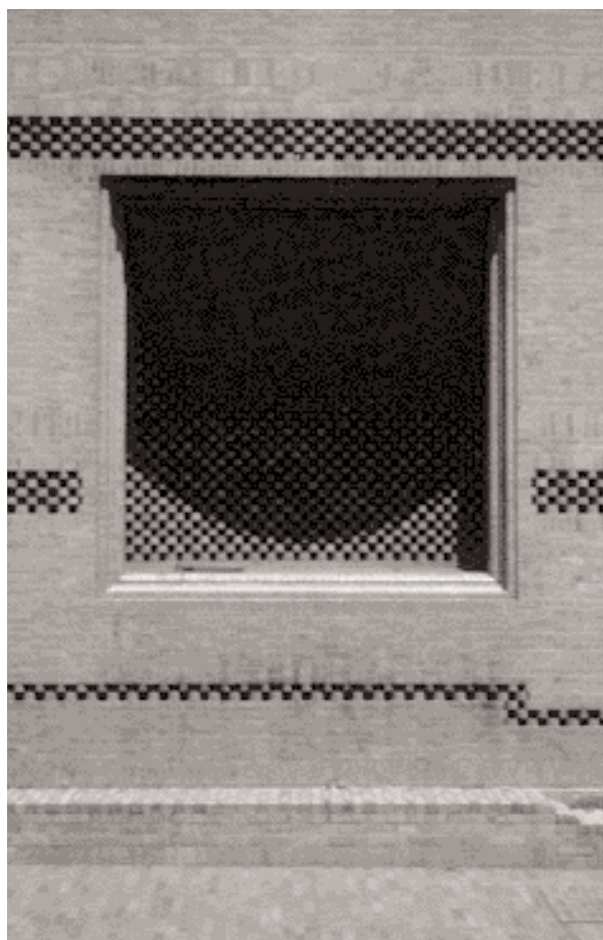
Cuando construyo un muro
dos cosas me pregunto:
qué tanto quedó afuera
qué tanto quedó adentro.

Tengo la incertidumbre del descubrimiento como un navegante que sabe de qué puerto sale, pero ignora a qué puerto va a llegar. El principio de incertidumbre en un proyecto es no saber si ese alfabeto de emociones que guarda la memoria a la hora de la verdad va a resultar.

Alfabeto de emociones que es suma de afectos acumulados en viajes por espacios, lugares, arquitecturas concebidas por otros, en esta época y en épocas muy distantes de la mía. Es como transmitir, a través de un hecho arquitectónico concreto, esas evocaciones, esos instantes capturados en una experiencia personal que



Archivo Nacional, Rogelio Salmona, Bogotá, 1988-1992



Detalle del Archivo Nacional

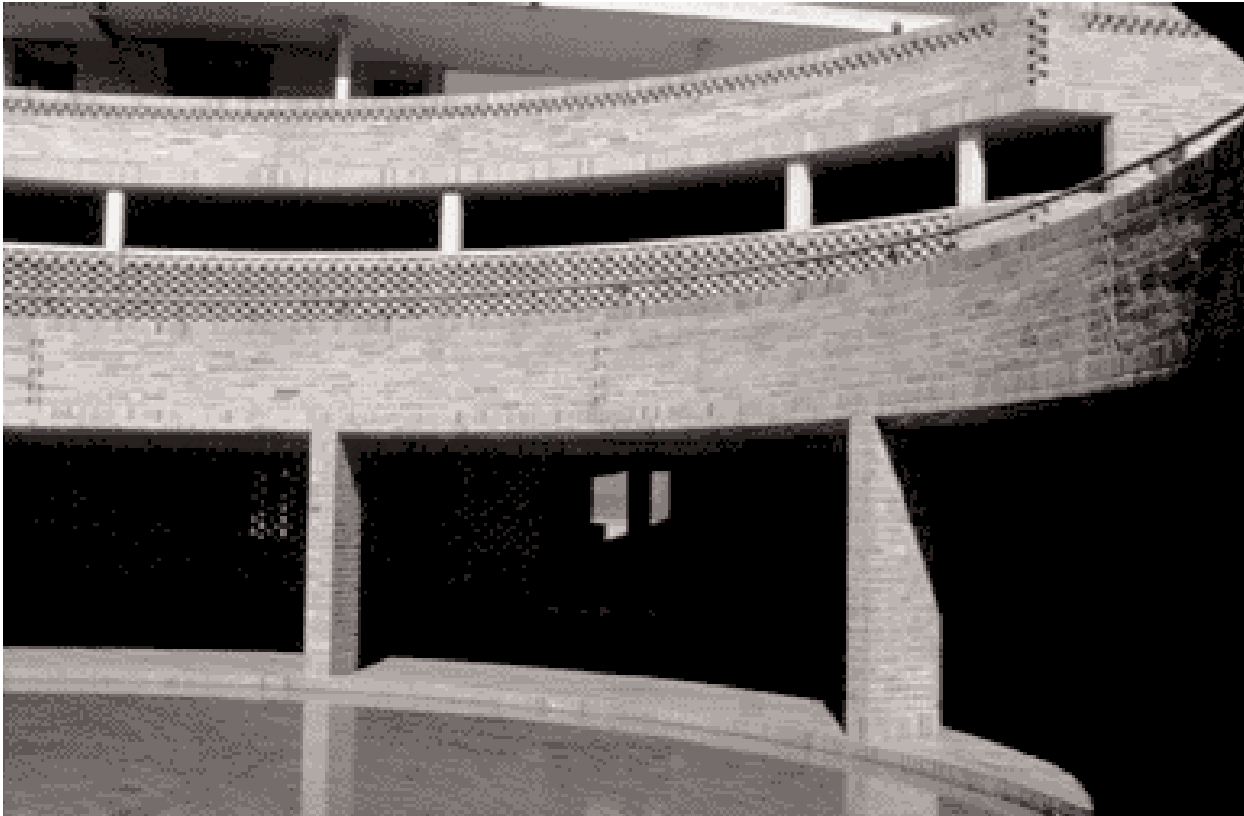
El conocimiento de la arquitectura es el fruto de una continua búsqueda teórica; un trabajo por medio del cual se trata de capturar, sin lograrlo, el sueño del hombre por crear su lugar.



Vista de las Torres del Parque



Detalle de la Casa de huéspedes ilustres de Colombia



Edificio de Posgrados de la Universidad Nacional, Rogelio Salmona, Bogotá, 1996-1999



Patio de la Casa de huéspedes ilustres de Colombia

los otros no conocen y que por tanto no tendrán en cuenta a la hora de aproximarse a la obra. Es lo difícil: darle cuerpo a esa afectividad y, sobre todo, que otros se conmuevan sin que necesiten tener noticias de la conmoción anterior.

En este trayecto, a medida que uno avanza, se vuelve más exigente. Cada vez quiere poner más elementos enriquecedores de la espacialidad, porque ése es el proceso

permanente del afinamiento y del mejoramiento del “saber hacer”. Cada vez es más puntual, más preciso, se aclara más el problema que se está resolviendo. Poco a poco la incertidumbre se deja permear por algún otro amago de seguridad... y en ésas estoy. **U**

Todas las fotografías pertenecen al archivo de Rogelio Salmona.